

Las tribulaciones de Franco

Informaciones de procedencia diferente atribuyen a Franco el deseo de congraciarse con Inglaterra y Francia. Sería un deseo anterior a la reunión de Munich, y no de Franco precisamente, sino de las personas que actúan a su alrededor y que hacen lo posible por iluminarle.

En la Gran Bretaña, debido tal vez a los buenos oficios del duque de Alba, tan escaso de luces como su mismo jefe, se ha creído siempre que entenderse con el cabecilla de la rebelión española no sería empresa difícil. El otro inglés es de buena ley y tentador. Pero en Burgos se quería conciliar a amistad de la vieja Albión con la ayuda germanoitaliana.

Ahora parece, sin embargo, que se trata de un cambio de política. La invasión extranjera se deja sentir en la España franquista con pesadumbre ominosa. Son muchos los españoles, entre los sometidos al régimen de los generales traidores, que soportan mal a los invasores y que se han dado cuenta de que la independencia de España está en peligro. Por muy obtuso que se suponga a Franco—y debe serlo en grado superlativo—ya habrá comprendido a estas horas que la preponderancia alcanzada por italianos y alemanes en la zona de su dominio, es la mayor vergüenza que podía acarrearle su trahición.

Pero, ¿cómo librarse de aliados tan enfadosos e indiscretos, si continúa necesitándolos, si la República resiste más firme que nunca y la esperada victoria se presenta cada día más problemática? Franco debe haber pensado, si es capaz de pensar, que una mano que le echan las potencias democráticas podría significar su salvación. Se encuentra en el trance del que debe mucho dinero y a quien aquellos que le prestaron con usura tienen acorralado. Bien querría librarse de sus perseguidores implacables; pero, si no son Inglaterra y Francia, ¿dónde están los poderosos que podrían sacarle del fangal donde se han hundido?

Ahora bien: conseguir una ayuda efectiva de Londres y París, dada la confusa situación internacional de la hora presente, es punto menos que imposible. Sería necesario para ello un nuevo acuerdo de los «big four». Y, después de la experiencia de Munich, no parece que los acontecimientos sigan este rumbo. Por otra parte, si Mussolini, Hitler, Chamberlain y Daladier tuvieran que reunirse otra vez, ahora para resolver el problema de España, se produciría, seguramente, un nuevo «dilúvi» de los Estados totalitarios, inútil para sacar a Franco del pantano. Y entenderse con Inglaterra y Francia a espaldas de Italia y Alemania, no lo consentirían los dictadores, que tienen al cabecilla español cogido por el cuello.

Procedimiento seguro para echar a los invasores de nuestro territorio, dicho se está que con gran satisfacción de Inglaterra y Francia, no hay más que uno: la unión de todos los españoles, olvidados de sus rencores políticos ante la patria amenazada. Pero eso es más inverosímil todavía que las hipótesis arriba apuntadas, porque la unión de todos los españoles no se hay mientras subsistan los responsables de nuestra tragedia.

Lo que Franco pretende, si es que de veras trata de acercarse a los Gobiernos de Londres y París, es un arreglo sucio que le permita acabar con la guerra cuanto antes mejor. No será como lo esperaban él y sus cortijos; pero las circunstancias no permiten forjarse ilusiones. Acabar, acabar en seguida con un estado de cosas que se hace por momentos insostenible: eso es lo que desea Franco.

Y para todo arreglo cuya combinación se presente factible, el concurso de Inglaterra y Francia es inexcusable. Chamberlain y Daladier demostraron en Munich ser excelentes arbitristas para los casos de urgencia.

Acaso sea por esto que se está removiéndole nuevamente la cuestión de la retirada de voluntarios. Se busca la fórmula. Una fórmula, naturalmente, no puede ser más que un simulacro de retirada. Franco querrá retener a los legionarios italianos y los técnicos de Hitler; pero espera que la intervención de las potencias democráticas sirva para frenar las exigencias posteriores de Italia y Alemania. Y para camuflar una vez más la invasión extranjera, después de la quiebra del sistema de no intervención.

Es posible que, a estas alturas, haya puesto Franco sus esperanzas en nuevas intervenciones de ahora para elaborar una paz deseada.

Arte y Artistas

Conferencia de Felio Elias, en el «Casal de la Cultura»

Con motivo de la celebración del «Saló de Tardó», actualmente abierto en el «Casal de la Cultura», mañana viernes, a las seis de la tarde, en el salón de actos, el prestigioso pintor y crítico de arte Felio Elias dará una conferencia, cuyo tema es: «Programa de una escultura oficial». Trabajos a emprender.

«Maestros Catalanes de Ayer y de Hoy» Acaba de aparecer, dentro de la serie de pequeños volúmenes de divulgación artística, «Maestros Catalanes de Ayer y de Hoy», con la que la Junta de Exposiciones de Arte de Cataluña comienza su sección de ediciones, el segundo volumen dedicado a la obra del maestro de la pintura catalana, Isidro Nonell. El libro consta de 112 páginas en couché y contiene 36 reproducciones de sus obras más representativas, precedidas de un concienzudo estudio, por Juan Merli. Editados en catalán, castellano y francés, esta serie divulgadora de la plástica catalana del XIX hasta nuestros días, está llamada a tener un gran éxito.

* JABON VERDE.

PARA LA ROPA. Se obtiene con líquido «SAPO-NÍFICO». Pídale en droguerías, colmados, tiendas, etc. Distribuidor exclusivo: L. LLENAS Hospital, 11, Hotel. Teléfono 24705.

UN VOTO DE CALIDAD

El combatiente de Verdún que viene del Ebro

Le conocí en París, allá por la primavera de 1916, tercer año de la Gran Guerra. Nos presentó el filólogo Breal, director de «La Maison de la Presse», de la calle de Francisco I.

Llegaba de Verdún, donde había actuado, durante dos meses, de agente de enlace. Iba a la Flandres belga al cuartel general del rey Alберто.

—Yo también voy allí. ¿Haremos el viaje juntos? —le dije.

—Creo que no podrá ser. Usted viaja en caravana. Yo salgo esta noche, solo.

Algunos días más tarde, una lúgubre mañana, volvímos a vernos en las ruinas desiertas de Ipres. Mientras ladraban, escalofriantes, los perros vagabundos, en torno a los escombros que hedían a cadáver, y tronaba, incansable y rítmico, el cañón alemán, paseamos juntos por las inmediaciones de lo que habían sido la famosa catedral y las «halles» magníficas.

—Esto es terrible —me decía. Pero no hay nada que se compare al infierno de Verdún. Verdún es lo absurdo, lo inconcebible. Los hombres, en sus trincheras, son, al mismo tiempo, dioses y demonios. ¿Cómo pueden resistir tanto los organismos humanos? ¿Cómo no se vuelven locos soldados y oficiales? ¿Cómo no estallan los corazones y cómo no se abren los cerebros?

—La otra tarde iba yo por las Ramblas. Un sexagenario, afeitado, calvo, de lentos, que vestía un extraño traje, mitad militar, mitad paisano, se me quedó mirando. Y, al fin, me interpeló en francés.

—Pardón. —Monseñor Vidal?

—Sí.

—No le hubiera reconocido, a no ser porque un amigo de ambos, al salir conmigo de la conferencia de Brietot, le saludó a usted y me dijo su nombre.

—Sí. Los años y las penas cambian mucho. Pero, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—No recuerda? Bien es verdad que ha pasado tanto tiempo... Breal me presentó a usted en «La Maison de la Presse», de París, por los días de la batalla de Verdún. Luego nos volvimos a ver en Ipres. Y en otros sectores del frente occidental. Yo era agente de enlace...

—Ya me acuerdo! ¿Y cómo está en Barcelona?

—Porque me alisté, en el verano de 1936, en las Brigadas Internacionales. Fui de los primeros concentrados en Albacete. Estuve en Madrid, por noviembre y diciembre. Y en Arganda. Y en Guadalajara. Me hirieron. Pasé algunos meses en un hospital y un sanatorio. Y volví. Y ahora vengo del Ebro. Nos han disuelto. Me vuelvo a Francia. Y me vuelvo triste. La renuncia del Gobierno español a la ayuda de los voluntarios extranjeros ha coincidido con el sacrificio de Checoslovaquia. Voy a cambiar de clima moral. Será difícil que me adapte... A lo mejor, me embarco en Marsella para la China.

—Y dice usted que ha estado en el Ebro?

—Desde que, hace dos meses y medio, pasamos el río con Modesto y demás jefes, hasta que nos retiraron de la línea de fuego para darnos las gracias y decirnos que podíamos volvernos a nuestros países de origen.

—Tengo muy presente sus palabras, de hace veintidós años, acerca de la batalla de Verdún. Usted me dijo que en las márgenes del Mosa se había llegado al extremo límite de la resistencia humana; que los combatientes eran, a la vez, dioses y demonios. Don Juan Negrín, en su discurso a las Cortes, ha llamado dioses a nuestros soldados del Ebro...

—Pues no ha exagerado. Se lo digo yo, que soy voto en la materia. Estaba en Verdún, en febrero de 1916, cuando atacaron los alemanes. Usted escribió muchos artículos, entonces, para comentar aquella tragedia apocalíptica. Leí varios de ellos, que figuran en el libro que usted me mandó a París. Decía usted en esos trabajos que Verdún quedaría como una prueba de que es infinita la capacidad de sufrimiento de los hombres. Y decía verdad. ¿Ha leído usted «Historia de una Compañía», del capitán Delvert? Parte de ese volumen está dedicado a describir la defensa de una trinchera verduniana, en las cercanías del estanque de Vaux, próxima al fuerte donde se inmortalizó el comandante Raynal. El capitán Delvert no inventó ni exageró nada. Relató con escueta sencillez. Y da frío la lectura de aquella tremenda narración. Pues bien. Yo le aseguro que la batalla de Verdún, al lado de la del Ebro, es, en intensidad de horror, lo que sería una geomé-

trica pugna lineal de la Guerra de Siete Años, comparada con las batallas napoleónicas de Eylau o Borodino. ¡Cuántas veces, peleando en las sierras de la ribera meridional del río español, me he acordado de las ocho semanas espantosas que viví en las márgenes del río francés, y que siempre había considerado como las mas dramáticas y emocionantes de mi vida... En Verdún, el Kronprinz y sus consejeros acumularon un material enorme. Las piezas monstruosas de 230 y 305, reemplazaban a las baterías del 77. Por espacio de tres días y tres noches, cayó sobre las líneas francesas una lluvia torrencial de hierro y plomo. «Nada de lo que respiraba, ha quedado vivo», dijeron, suficientes y seguros, al hijo del kaiser, los técnicos de la artillería germana. Y la Infantería avanzó, precedida de vanguardias con lanzallamas. Iba a ocupar, no a combatir. Pero del caos lunar que eran ya los atrincheramientos, reductos, blocaos, pozos de lobo, refugios, caminos cubiertos, puestos de mando y casas aspilleras que habían constituido el sistema defensivo de Verdún, en su zona avanzada, surgieron unos lívidos espectros que emplazaban ametralladoras, que empuñaban fusiles y que se reunían en grupos y se lanzaban al contraataque. Los generales de Guillermo II sufrieron, al saberlo, una sorpresa inaudita.

«Esos franceses son más que hombres!», dijo uno de ellos. ¿Qué habría dicho de haber asistido, como yo, a la resistencia republicana del Ebro? Porque si quiera, en Verdún, cuando no hacían fuego los cañones, el cielo no era hostil ni se abría la tierra. Luchábamos contra lo conocido y previsto, acumulado, sí, en cantidades colosales, pero que podía ser contrarrestado por elementos análogos. En cambio, en el Ebro... En el Ebro luchan los españoles, no sólo con una artillería formidable, municionada espléndidamente y reemplazada apenas empieza a destemperse, y con fuerzas exóticas de choque de pugnacidad temible y con millares de armas automáticas, sino con una aviación poderosísima, que vuela sobre ellos mientras hay luz, que «hace la cadena» sobre sus defensas, que tiene inmediatos sus aeródromos, que cubre sus bajas sin esfuerzo, y con centenares de tanques y con baterías numerosísimas de acompañamiento, y con unidades divisionarias que se renuevan a diario y cuyo desgaste es compensado por continuas levadas africanas y constantes desembarcos en los puertos del Cantábrico y del Mediterráneo. Por el Ebro ha pasado ya todo el ejército invasor de España, con sus moros, sus italianos, sus alemanes, sus portugueses, y también la élite de los cipayos que le auxilian en su crimen. Y, sin embargo, al cabo de setenta y cinco mortales días, los republicanos se siguen sosteniendo en la ribera Sur, clavados en el suelo, desafiando a la técnica y al número, a la obstinación y a la crueldad, y asombrando a los críticos militares de Europa y América. Han inventado una táctica defensiva, elástica en profundidad, que deja muy atrás a la que imaginara Ludendorff y que tanto éxito alcanzara cuando las ofensivas de Nivelles y Haig, en abril de 1917. Pero yo le digo que esa táctica únicamente es posible con un ejército de una solidez y disciplina a prueba de todas las decepciones y todos los peligros. Los combatientes republicanos del Ebro han unido la homogeneidad roquidea de los batallones veteranos a la audacia del guerrillero de pura sangre. Cada hombre, en la ocasión, es sienta pieza del organismo militar que funciona para vencer al enemigo, y Aquiles dispuesto a las más estupendas hazañas individuales. Los rasgos de heroísmo se multiplican por millares. Se vive en un ambiente de epopeya. Lo más extraordinario parece natural. Nadie se asombra de nada. Se lucha, se mata, se muere, con una sencillez sublime. ¿Quién nos hubiera dicho que la batalla del Ebro sería el duelo del infante contra el avión de bombardeo y que en él sería vencido el blindado pájaro mecánico? Sí. Se lo repito. En Verdún se afrentaron ejércitos mayores. Sin embargo, la gesta del Ebro es muy superior a la del Mosa.

—Llamé el internacional y se pasó la mano por la frente. Luego, como hablando consigo mismo, repuso:

—Y ahora me marchó a mi país, donde un Flandin recibe telegramas de felicitación de Hitler, donde un Paul Faure escribe, sobre Checoslovaquia, artículos que revelan una mentalidad de «fille soumise»... No. El cambio va a ser demasiado brusco. Decididamente, me embarcaré en Marsella para Cantón. Es probable que Chang Kai Chek acepte mis servicios...

FABIAN VIDAL

De un momento a otro

SE ALQUILAN UNOS TOREROS

Pedro Romero y Curro Cúchares se ganaron bien la fama con el estoque y la muleta. Y, con la fama, los cuartos. Y, con los cuartos, el relieve social consiguiente. Pero nunca dejaron de sentirse cómodamente entre el pueblo. O dicho de otro modo nunca renegaron de lo popular, que era la raíz de su vida y de su vocación. No hay que ir tan lejos. Lagartijo fue un lidiador nacido del pueblo y el pueblo le brindó los mejores toros de su hombría y de su gloria. Después de cada corrida tal vez lo esperó la adulación hecha «juerga» —«¡no, «cante» y mujeres— de los señoritos y de los flamencos de pura estirpe. Pero, en los adentros de sus soledades o de sus alejamientos, seguía llevando al pueblo como un fuego inextinguible y entrañable. Como Lagartijo, otros muchos. Otros muchos que se sintieron, a través de su nombradía, hombres merecedores de ella, que es lo contrario de artistas desentendados. Porque hay una verdad en eso de la taurina afición: que si los toros han podido ser una sed o una atracción, esto es, una gran «festa nacional», ha sido porque detrás había un pueblo, una nación y no porque la plaza señoril quisiera darse el gusto de mantener para su deleite un gran espectáculo.

Pero, andando el tiempo, los toreros se han ido divorciando del pueblo. Es verdad que algunos se han mantenido fieles a él. Es verdad que algunos han sabido recordar constantemente su primera tarde de «muletas» en el ruedo, con un toro «como una catedral» delante y los de «Seguridad» y la «quincena» a la espalda. Pero los afortunados, los astros de primera magnitud, se han ido a las alturas, y los que no se han casado con una marquesa se dedican a cazar obreros por los caminos o las ciudades de España, como idóneos militantes de Falange. ¿Por qué esta apostasia a fondo de los toreros? Sería complejo, en una nota como esta, reflejar el proceso que la ha producido. Aceptemos el fenómeno, puesto que es cierto, y apuntemos, de paso, que en las filas del Ejército republicano luchan algunos hombres que han paseado su valentía por las arenas del pelotero.

Lo cierto es que, desde el 18 de julio, son muchos los espadas que viven en la zona invadida. A unos les cogió allí el golpe. Otros se han evadido de nuestro territorio porque han preferido la deshonra. Con esto han demostrado que si alguna vez les llamaron pundonorosos, fue porque los críticos apunilaron el calificativo o se dejaron untar con exceso la mano. La actuación de estos «diestros» entre los franquistas y los italianos tiene un índice bastante precario. Apenas media docena de corridas en la que va de guerra. Un balance desalentador. Y un horizonte de negruras. ¿Para qué torear, si cada corrida era un beneficio dedicado a las tropas del «generalísimo»? Surgió la idea salvadora: Méjico. Domingo Ortega, Laserna, Landa, todos los ases de la baraja tauromáquica, dirgieron su mirada hacia la nueva tierra de promisión. Pero resulta que el cálculo les ha fallado. Méjico, que tantas pruebas de su antifascismo nos tiene dadas, no podía hacer las cosas a medias y, lo mismo que ha vuelta la espalda desde el primer momento a los traidores españoles, ahora ha hecho el signo negativo a los toreros renegados. No hay permiso de la autoridad y además el tiempo —el tiempo, que es nuestro aliado—, se lo impide. No les queda más que un camino: instaurar las corridas en Roma y Berlín. Pero corren el peligro de fracasar de antemano. Por una razón: porque los nazis o los camiseros se comen los toros en «bistec» antes de que sean estoqueados.

GENIL.

LABOR HUMANITARIA DE LAS SEÑORAS DE LOS JEFES DEL EJERCITO

En el domicilio de la Comisión de Auxilio Femenino se ha celebrado una reunión conjunta de esposas de altos jefes de Aviación y del Cuerpo de Seguridad, que con tanto entusiasmo se han incorporado al trabajo que realiza esta Comisión.

Después de cambiar impresiones sobre el trabajo a realizar, se tomaron algunos acuerdos concretos.

Se decidió formar agrupaciones de barriadas, en las cuales estas compañeras desenvolverán el trabajo de la Comisión.

A la vez, se acordó formar agrupaciones en los pueblos cercanos a Barcelona, ampliando así el radio de acción fuera de la ciudad. La reunión se efectuó en un ambiente de gran cordialidad, estando todas de acuerdo que su gran aspiración era el que toda mujer antifascista sea una fuerza viva en el desenvolvimiento de las tareas que la guerra va imponiendo a las mujeres.

LAS MUJERES SOCIALISTAS SUIZAS SOSTIENEN UNA COLONIA PARA NIÑOS ESPAÑOLES

La Prensa suiza comenta extensamente la gran acogida que se ha dispensado en Berna a 26 niños españoles que han llegado a la colonia establecida en Bagatelle.

Esta colonia está sostenida por mujeres socialistas suizas, que con tanta abnegación y entusiasmo trabajan en favor de los niños españoles.

Las mujeres suizas, dice la Prensa, tendrán siempre la satisfacción íntima de haber ayudado con todos los medios que les ha sido posible, a la salvación de los hijos de unos héroes. En todo Suiza se trabaja activamente en este sentido de ayuda, sintiendo honradamente la solidaridad con España republicana.

COOPERATIVA DE PERIODISTAS

A partir del día de hoy, se procederá al reparto de arroz entre los socios de la Cooperativa de Periodistas, en su oficina distribuidora, Salmerón, 254, y mediante el tiquet de racionamiento familiar correspondiente, de dicho artículo.

De venta en los «Quioscos de la Estrella», nuestros puestos de venta a lo largo del Frente y demás lugares de venta de literatura de valor:

HISTORIA DE LA U. R. S. S. (Compendio)

Redactado por el Profesor A. SHESTAKOV

Un volumen encuadernado en tela, con 253 páginas de texto, dos mapas político-administrativos, dos mapas históricos y muchas ilustraciones.

PRECIO: DOCE PESETAS

Pedidos a P. A. C. O. D.

Rambla del Centro, 17 :: Teléfono 19337 :: Barcelona

AMOR LIBRE y EDUCACION SEXUAL

«Colección Pentalfa 1937», «Amor libre sin peligros», «La Sexualidad y el Desnudismo», «El vientre y las aberraciones sexuales», «Virginidad floreciente», «Almanaque Pentalfa 1938». Todo este lote por 35 pesetas, en Casa «Pentalfa», Pelayo, 12, pral., 2.ª Hay también otros libros naturalistas, como son los del Prof. Capó: «Mis observaciones sobre el tímpano, el ajo y la cebolla», «Trofología práctica y Trofoterapia», «Cocina vegetariana y Trofoterapia», «Cura del cáncer y de la Tuberculosis por la Dietética», y «Cómo substituir el pan». Todo por 35 pesetas.

FISTULAS - Almorranas

FISURAS — Pérdidas de sangre
CURA sin OPERAR, Sin DOLOR
Dr. CAPELL, Paseo de Gracia, 110, de 8 a 9